

la virtud, que huye de los suntuosos palacios y se complace en residir en vuestras pobres casas : no envidieis á los que vivan en la opulencia y la riqueza : acaso su misma riqueza les quita el sosiego y el descanso ; acaso su corazón y su conciencia están sin reposo ni tranquilidad en medio de la abundancia : acaso al fin de su carrera, que siempre será corta, su dinero será su perdición. Sed humildes, resignados, obedientes sin murmuración ; y si el mundo os tiene por necios é insensatos, los mundanos conocerán algun dia que os hallais entre los hijos de Dios, y contados en el número de los santos, y que ellos erraron miserablemente, sin que les sirva de nada ni la soberbia, ni las riquezas, ni los placeres que gozaron. Sed humildes y sereis al fin ensalzados y llenos de gloria como san Isidro.

¡Glorioso santo, honor de nuestra patria! Mirad desde lo alto de los cielos á la villa y corte de Madrid, que santificasteis con vuestra presencia y vuestros ejemplos, y á este reino de que sois protector. No se oigan ni publiquen mas los escritos y dogmas de la impiedad y la irreligion en el centro del catolicismo, no se destruyan ni despojen los templos del Señor, no sean perseguidos sus ministros. A vos como protector toca mover al Señor, para que haga desaparecer de nuestro suelo, tan fértil de santos, todo lo que sea irreligion, irreverencia, inmoralidad y escándalo. A vos toca interceder con el Señor para que florezcan las virtudes; reine la paz y con ella el buen orden y el sosiego, para servir á Dios mas libremente cada uno en su estado. Interceded muy especialmente por este pueblo y por todos los devotos que os ofrecen estos obsequios religiosos. Alcanzades la salud de sus personas y familias, la conservacion de sus bienes, la fertilidad de sus campos, el acierto en sus negocios. Pedid en fin y alcanzad para todos, y mas que todas las cosas, la gracia de ser humildes, para merecer tambien ser ensalzados. Amen.



SERMON

DE SAN JOAQUIN,

PADRE DE NUESTRA SEÑORA.

(DE SANTANDER.)

Benedictus tu... et benedictus fructus ventris tui.

Deuteron. c. 28. v. 3 et 4.

Bendito seas tú, y bendita sea tu familia. Estas son las palabras que nuestro gran Dios eterno y adorable mandó decir á Moises sobre todos los que observasen sus santos y divinos mandamientos. Despues que llenó de terror y espanto á su pueblo hebreo con las formidables maldiciones que fulminó contra los transgresores de sus leyes : despues que les dijo que serian malditos en sus cuerpos y en sus familias : malditos en sus casas, en sus campos, en sus haciendas y ganados ; y malditos con toda suerte de maldiciones, de hambres, pestilencias, calumnias, esterilidades, cautiverios y afrentas, por no haber obedecido á su voz y practicado sus preceptos, pasa á intimar las bendiciones que descenderán sobre aquellos hombres ilustres que venciendo al mundo, al demonio y sus pasiones, se hicieron agradables á sus ojos con la observancia de su divina ley. Sereis benditos en la ciudad, y benditos en el campo, benditos en vuestras trojes y en vuestros ganados : abrirá Dios sus tesoros sobre los frutos de vuestras tierras y vuestras casas : vendrán unos temporales oportunos y felicísimos para vuestras cosechas, y se multiplicará prodigiosamente vuestra descendencia : en suma, sereis benditos en vuestras personas y benditos

en vuestra familia : *Benedictus tu... et benedictus fructus ventris tui, et fructus terræ tuæ*. Por poco que se hayan registrado las divinas Escrituras se habrá advertido que Abrahan, Isaac, Jacob, José, Tobías y otros hombres heroicos del antiguo Testamento, fueron ejemplares ilustres de esta verdad. Todos los admiramos benditos por la omnipotente mano de Dios en sus personas y en sus familias, en sus casas y en sus haciendas, en la tierra y en el cielo.

Miradlo bien, señores; y acaso no hallaréis otro patriarca en quien mas á la letra se haya verificado esta apetecible bendicion del Señor que en el incomparable san Joaquin, en cuyos cultos nos ocupamos : obediente á la voz de su Dios y Señor, fiel observador de sus preceptos, conforme en todo con sus adorables disposiciones, y entregado religiosamente á la direccion de la voluntad divina, experimentó sobre sí mismo un cúmulo de misericordias del Altísimo, que le hicieron agradable á los divinos ojos, y halló en su familia una fuente perenne de felicidades, que colmaron su memoria de bendicion por toda la dilatada serie de los siglos : *Benedictus tu... et benedictus fructus ventris tui*.

Aquí teneis ya declarado todo mi pensamiento, y abiertos los cimientos para levantar el edificio del elogio del glorioso patriarca san Joaquin, digno esposo de santa Ana, verdadero padre de María santísima, y abuelo de Jesucristo Dios y Hombre verdadero. ¿No es verdad que al pronunciar estas palabras ya se concibe en el espíritu un grande aprecio y una estimacion singular de este hombre admirable, que mejor que Obedon tuvo en su casa la verdadera Arca del Testamento, que encerró en su seno aquel maná celestial que contiene todos los sabores, que produce todas las gracias y promueve todas las virtudes? ¿No es cierto que al nombrar á san Joaquin se nos representa vivamente en el alma aquel rico y afortunado mercader, en cuya casa como en puerto seguro ancló aquella dichosa nave, cargada de un pan y vino misteriosos : pan de los ángeles, que bajó del cielo y da vida al mundo, y vino que engendra vírgenes? Pero dejemos símbolos y sombras. ¿No es cierto que al nombrar á san Joaquin formamos luego la idea de un niño inocente, de un jóven puro, de un casado fiel, de un padre dichoso, de un abuelo incomparable, de un santo, digámoslo de una vez, bendito en su persona y bendito en su

familia? Sin duda alguna, señores : esta idea luego se forma ; pero su demostracion pide tiempo, pide estudio, pide atencion, y pide gracia. Pidámosla á Jesucristo por la intercesion de su madre María santísima, á quien saludamos diciendo : *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Si las bendiciones de que fué colmada la persona de san Joaquin fueran de la clase de aquellas que Dios con larga mano reparte sobre los justos é injustos, sobre los pecadores y los santos : si fueran de la naturaleza de aquellos dones con que el Altísimo, por unos juicios incomprensibles, favorece tal vez á sus mismos enemigos, y á los que siempre le ofenden, no seria tan apreciable como vais á oír la bendicion dada á san Joaquin en su persona. No vengo pues á hablar de la nobleza, de las riquezas, de la salud, de la ciencia, de la hermosura ni de los demas bienes temporales que forman la engañosa felicidad de los miserables hijos de Adan. Verdad es que los bienes justamente adquiridos, debidamente administrados, y santamente expendidos, podrian hacer dichosos á sus poseedores; pero como esta sea una obra tan ardua y tan difícil, sirven comunmente para la eterna perdicion por la depravacion de nuestros corazones. La santa Escritura mira como una especie de milagro poseerlos sin pecado : *Si fueris dives, non eris immunis à delicto*. No, señores, no vengo á representaros la nobleza de san Joaquin, por mas que contase entre sus progenitores los capitanes mas famosos, los reyes mas grandes, los patriarcas mas irreprehensibles. Bien podia este santo presentar una genealogía tan ilustre, que ningun mortal le excediese, pero sabia que su santo padre David, inspirado de Dios habia dicho : ¿qué utilidad me trae mi nobleza, cuando la busco entre la corrupcion y el polvo (1)? Tampoco os hablaré de sus caudales, de la reputacion que habia adquirido en su pueblo, ni de los empleos distinguidos que en él habia obtenido. Todo esto lo pudiera tener aun cuando hubiera sido un enemigo de su Dios, un hombre perverso, un azote de sus compatriotas, un réprobo y condenado. No es justo llamar bendiciones á unos bienes de

(1) *Psalm, 29. v. 10.*

tan corta duracion y de una naturaleza tan inconstante y deleznable. Los bienes de que yo hablo, las bendiciones con que el Altísimo dotó la persona de san Joaquin, son de un orden superior, de un carácter muy sobresaliente y de una naturaleza soberana: son unos bienes espirituales, divinos, eternos. Mirad, amados míos, á san Joaquin, y vereis un hombre humilde en medio de la opulencia de su casa, que mira sin orgullo las sumisiones de sus criados, el respeto que le tributan sus vecinos, y que circulando en sus venas la noble sangre de tantos reyes, no se ensoberbece, sino que se considera como un hermano de sus vecinos, como un hombre semejante á sus criados, y que en su nacimiento y en su muerte será en todo igual á ellos. Miradle bien, y le vereis como un hombre en todo obediente á su Dios, conforme con sus adorables disposiciones, resignado en su divina voluntad, y que lleva con paciencia el oprobio con que en aquellos tiempos era mirada la infecundidad. Mirad bien á san Joaquin, y vereis un hombre religioso para con su Dios, á quien ofrecia parte de sus caudales para la reparacion de su templo, para el sustento de sus ministros, para las víctimas y sacrificios: un hombre caritativo con sus prójimos, con quienes reparte de aquellos mismos bienes con que le habia enriquecido la divina Providencia: un hombre mortificado en sus pasiones, sin que permitiese á alguna los desahogos injustos, que son la causa de tantos desórdenes y miserias en el mundo. Miradle, vuelvo á decir, señores, y le vereis como un marido fiel que ama tiernamente á su mujer santa Ana, que la guarda la fidelidad prometida, que la procura todo su bien; que mantiene con ella la mas imperturbable union y buena armonía, sin haber entre los dos mas que una voluntad, un mismo corazon, una sola alma. Miradle como á un amo prudente que estima á sus criados, que no les trata con imperio ni con despotismo, que les provee en sus necesidades, que les paga puntualmente sus salarios, y les edifica con su ejemplo y sus costumbres. Miradle como un buen vecino, como un hombre de bien, amable á Dios y á los hombres por su candor, su veracidad, su aplicacion y su caritativa liberalidad. Digámoslo en pocas palabras, aplicándole con la mayor propiedad las que el Espíritu santo dijo de Zacarías y de santa Isabel, sus sobrinos (1): Eran ambos, esto es, san Joaquin y

(1) *Erant autem justi ambo ante Deum, incedentes in omnibus mandatis, et justificationibus Domini sine querela. Luc. c. 1. v. 6.*

santa Ana, justos y santos delante de Dios, observando los preceptos de la divina ley que el Señor habia dado á su pueblo. Ambos se dedicaban á la oracion con frecuencia, ambos ayunaban con frecuencia, ambos lloraban los desórdenes del mundo con frecuencia, y ambos pedian á Dios con un corazon recto y sencillo la venida del Mesías, y la redencion de todo el linaje humano: *Erant justi ambo ante Deum*. De suerte que como Dios hubiese visto, dijo un ángel á santa Brígida, todos y cuantos matrimonios consumados, santos y honestos ha habido desde la creacion del mundo hasta el último que se hiciese, ninguno vió semejante al de san Joaquin y santa Ana, ó de tanta caridad divina y honestidad; y por eso determinó que se formase el cuerpo de su castísima Madre de este santo matrimonio.

Reflexionad, cristianos míos, un poco sobre estas admirables palabras del ángel á santa Brígida, y vereis qué cúmulo de virtudes tan heróicas y sublimes se descubren en el alma de san Joaquin. ¡Qué matrimonio tan santo el de Adán y Eva, hecho inmediatamente por el mismo Dios! Qué matrimonio tan fiel el de Noé y su mujer Noema! Qué puro el de Abrahan y Sara! Qué justo el de Isaac y Rebeca! Qué amable el de Jacob y Raquel! Qué irreprochable el de José y Asenet! Qué perfecto el de Moises y Séfora! Qué venerable el de Zacarías é Isabel! Pero todos estos y cuantos otros matrimonios nos refiere la santa Escritura, no tienen comparacion, por mas santos y justos que se nos representen, con la santidad y perfeccion del matrimonio de san Joaquin y santa Ana. ¡Válgame Dios, amados míos, y qué oportunas reprehensiones nos ofrece este matrimonio tan feliz, contra tantos infelices matrimonios de nuestro tiempo! Aquí vemos un matrimonio pacífico, que condena las inquietudes y las desavenencias domésticas de tantos matrimonios de nuestros dias. Vemos un matrimonio casto, que censura las acciones inmodestas, las libertades ilícitas que se toman no pocos casados ignorantes de la honestidad de su estado. Vemos un matrimonio fiel, que detesta las criminales entregas de los consortes en ajenos brazos. Vemos en fin un matrimonio ejemplar y edificante, que abomina los malos ejemplos y detestables escándalos que se advierten en no pocos matrimonios del presente siglo. Diréis acaso que esto no era extraño en ellos, porque ambos eran justos, y se hallaban abundantemente provistos de

bienes temporales, y sin aquellas incomodidades y trabajos que en vosotros son tan frecuentes, y os causan tantos enojos y disgustos. Verdad decís, amados míos, en lo primero; pero vivís equivocados en lo segundo. Es cierto, y lo vuelvo á confesar, que ambos eran buenos, ambos eran justos en la presencia de Dios: *Erant justí ambo ante Deum*. San Joaquin y santa Ana cumplían con los preceptos de la ley y las obligaciones de su estado; pero ambos padecieron una de las mas grandes tribulaciones que en aquel tiempo podían experimentar. Escuchadme. Como Jesucristo es la gloria de la naturaleza humana, no hay persona que no desee pertenecerle, los cristianos somos sus hermanos según el espíritu: los judíos eran sus padres, según la carne. Y aunque este último parentesco sea inútil si falta el primero, no dejaba sin embargo de ser sumamente considerable. Por eso fué tan poco estimada la virginidad en el pueblo hebreo, porque siendo estéril venía á excluirse necesariamente de la alianza ó parentesco del Mesías que esperaban. Todos los patriarcas se tuvieron por felices en ser ascendientes ó progenitores de Jesucristo; y los que entre ellos fueron mayores santos, como Abraham y David, recibieron del cielo las mas aseguradas promesas de que su Majestad había de nacer de su linaje. *In semine tuo benedicentur omnes gentes*, dijo Dios al patriarca Abraham. Toda la tierra será llena de bendiciones por tu descendencia; en lo que entiende el Apóstol á Jesucristo nuestro salvador y maestro. *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam*, dijo también David, asegurándole que entre sus hijos se contaría el Mesías que algún día había de reinar en Jerusalem. Por esta causa se miraban como afrentados en aquel pueblo los casados que no tenían sucesión, por mirarse excluidos de estar en la genealogía del Mesías, y tal vez eran públicamente insultados de los atrevidos al presentarse en el templo con sus ofrendas, como la sucedió á Ana, madre del profeta Samuel, con su émula Fenena; y á este modo les acontecía á san Joaquin y santa Ana, que iban como corridos y avergonzados al templo por falta de sucesión: *Et non erat illis filius, eo quod ambo processissent in diebus suis*. ¿Os parece, señores, pequeña tribulación esta? Miradlo por sus efectos.

Sepáranse por unos días de mutuo consentimiento aquellos dos santos casados para vacar á la oración. Retírase san Joaquin á un monte cercano á su pueblo, y santa Ana á un huerto de

su casa; y humillados hasta el polvo en la presencia de Dios, le suplican les consuele dándoles sucesor á su casa, heredero de su hacienda, y báculo de su vejez. Vos Señor y Dios altísimo, dirían, nos habeis colmado de bienes temporales: vos nos habeis hecho nacer en medio de vuestro pueblo israelítico: nuestra familia es la mas noble de toda esta nación ilustre que espera vuestra venida, como también nosotros la esperamos. Pero ay! ¿qué es lo que nos sucede? Nosotros no tendremos la dicha de entrar en el número de los progenitores del Mesías: ya somos ancianos, y en breve moriremos llenos de oprobio al considerar que nuestra herencia pasará á manos ajenas, y que nuestra casa la poseerán los extraños. ¡Dichosa aquella mujer, diría santa Ana, que ha de tener en su vientre y en sus brazos á la madre de aquel Señor que ha de salvar á Israel! ¡O si yo mereciera ser una de sus esclavas! Pero ay! ¡que siendo yo en mi juventud á quien glorificaban los jóvenes de la tribu de Judá, estimando mi mano como un don precioso del cielo, ya me veo despreciada! Todos me miran cubierta de ignominia por mi esterilidad, y nome queda otro consuelo que el llanto. Oculta en este huerto acabaré mi vida entre mis lágrimas, si vos no me socorreis (1). Pondré mis labios sobre la tierra, diría san Joaquin, y esperaré al deseado de las gentes con silencio: me sentaré solitario, y callaré, elevando mi alma sobre lo terreno. ¡Felices los padres y abuelos del Salvador. ¡Dichosos los ojos que le verán! Yo no lo merezco: bástame pedir en silencio al cielo su venida. ¡Ay de mí, exclamaría santa Ana, en cuánta dicha me ví, y en cuánta ignominia me veo! Miradme, Señor, con misericordia, despachad favorablemente mi petición, y no desampareis á quien desde la vileza de su nada os invoca, y en vos espera: *Vide, Domine, et considera, quoniam facta sum vilis*.

¿No veis, amados míos, la grande tribulación en que se vieron aquellos dos casados? ¿No los veis humillados delante de Dios, y atribulados delante de los hombres, regando con lágrimas sus venerables rostros, y pidiendo el auxilio oportuno para lo grande de su dolor? Pero como Dios nuestro Señor se complace en escuchar las oraciones de los humildes, les concedió aun mas de lo que pedían, haciéndolos no solo benditos en sus personas por el aumento de gracias con que adornó sus almas, y

(1) *Thren* c. 1. v. 8.

las heroicas virtudes que practicaron, como lo hemos visto hasta aquí en toda esta primera parte; sino benditos en su familia, constituyéndolos padres de María santísima y abuelos de Jesucristo, como vamos á oír inmediatamente en esta

PARTE SEGUNDA.

Con efecto, señores, aparece un ángel á san Joaquin, le manda volver á la compañía de su santa esposa Ana, y le certifica de parte del mismo Dios que era elegido para la mayor dignidad á que jamas habia llegado mortal alguno, y para ser el mas cercano progenitor de Jesucristo, en quien serian benditas todas las gentes. Esta es la verdad eterna que muchos siglos ántes habia pronunciado el profeta Isaías, y que se verificó con la mayor evidencia en el incomparable san Joaquin. Yo, dice el Señor, que humillo y ensalzo á mis criaturas: que las reduzco al estrecho y al mayor apuro para que resplandezcan en ellas las bendiciones y gracias con que adorno sus personas: yo que las levanto de sus miserias cuando me agrada, para mayor gloria y honra suya y de todos sus descendientes: yo despues de haber humillado á mi siervo Joaquin para purificar sus virtudes, derramaré mi espíritu sobre su familia; concebirá Ana, su mujer, y le parirá una hija la mas santa entre todas las criaturas, la mas pura entre todas las vírgenes, la mas bendita entre todas las mujeres, la que será digna madre de su mismo Criador: *Effundam spiritum meum super semen tuum, et benedictionem meam super stirpem tuam* (1). Aquí teneis ya la bendicion de Dios que obra lo que dice, á diferencia de las bendiciones de los hombres que no producen los efectos que desean. Los hombres cuando bendicen á otros hombres, solamente les confieren unas bendiciones de deseos ó de palabras; pero Dios con su bendicion colma de bienes verdaderos á sus criaturas.

Siendo esta una verdad indisputable, ¿quién podrá ponderar dignamente el gozo de san Joaquin cuando viese en sus brazos á su hija María santísima? ¿Qué lagrimas tan dulces derramaria aquel venerable anciano! ¿Qué expresiones tan tiernas la diria! ¿Con qué respeto y veneracion la miraria viéndola predestinada para hija del eterno Padre, para madre del eterno Hijo, y

(1) *Isai. c. 44. v. 3.*

para esposa del eterno Espíritu santo! Ó! y cómo el santo exclamaria: *Convertisti planctum meum in gaudium mihi!* Dichosos mis trabajos! Dichosa tribulacion, que ha sido recompensada con premio tan superabundante! Si por una sola vez que visitó la Virgen á santa Isabel, su parienta, exclamó llena de admiracion: ¿De dónde á mí un favor tan singular, que la madre de mi Dios y mi señor me venga á visitar! ¿qué efectos de admiracion tan admirables se verificarian en el alma de este santo patriarca, que dió el ser natural á la Virgen, que dió la vida á la Virgen, que tenia en sus brazos á la Virgen, que alimentaba á la Virgen, y estaba á todas horas con la Virgen? ¿Quién hallará palabras bastantemente expresivas para significar el gozo de este santo cuando instruía á su niña en el temor y santo amor de su Dios, en la caridad con el prójimo, en la humildad, en la mansedumbre, en la castidad y en todos los demas preceptos de la ley? ¿Qué alegría la de ver á su niña tan adelantada en el conocimiento de Dios, tan obediente á sus mayores, tan pura en sus costumbres, tan dulce en su trato, tan llena de candor y santidad! Agradable espectáculo á Dios, á los ángeles y los hombres se manifestaba esta preciosa niña cuando sus padres, cumpliendo el voto que habian hecho, la ofrecieron al templo santo, venciendo las ternuras de la naturaleza con el mas admirable aunque doloroso sacrificio. Recíbela en nombre de Dios el sumo sacerdote, y la entrega á la profetisa Ana, para que la eduque en compañía de las otras honestas doncellas, que se criaban bajo su acertada direccion.

Suponed que las otras niñas conducidas de la curiosidad, ó atraídas del amable trato, de la agradable presencia y dulcísima modestia de esta nueva compañera, le preguntan á su maestra: *Quæ est ista?* Quién es esta? Y que su maestra ilustrada con el espíritu de profecía las responde: esta es una criatura á quien desearon ver los patriarcas, por quien suspiraron los profetas, y á quien esperaron todos los siglos: es una criatura la mayor de todas en el orden de los decretos eternos, destinada para producir en tiempo al que el Padre engendra en la eternidad, al deseado de las gentes, al verdadero Mesias, al Salvador de todo el linaje humano. *Quæ est ista?* Es una criatura concebida en gracia, exenta de toda culpa, y que desde aquel feliz momento en que fué preservada aparece con una plenitud de gra-

cias, de dones sobrenaturales, de hábitos infusos, y de virtudes heróicas, mayor que la de todos los ángeles del cielo y justos de la tierra. *Quæ est ista?* Es el compendio de las maravillas de Dios, la obra mas perfecta de la Omnipotencia, la gloria de Jerusalem, la medianera de la salvacion: es, en una palabra, la hija de san Joaquin y la madre que será de Jesus, nuestro Salvador. Entendeis esto? Pues si quereis comprender quién es esta niña destinada para madre, procurad saber primero quién es el hijo. Ó Dios inmortal! Qué lengua de hombres ó de ángeles podrá explicarlo! Es aquel Dios eterno y adorable, infinito é inmenso, santo, justo, purísimo y perfectísimo: aquel Dios poderosísimo, que con la fuerza de su palabra sacó de la nada esta admirable máquina del universo dando el ser á los cielos y á la tierra, y á cuantas criaturas abrazan en su seno: aquel Dios que provocado á ira por los pecados del mundo, inundó toda la tierra con un diluvio universal en los dias de Noé, hizo llover fuego del cielo para abrasar las ciudades nefandas en tiempo de Lot, y dividió las aguas del mar Rojo, para dar paso franco y seguro por medio de ellas á los israelitas, y sumergir á los egipcios con su rey Faraon, sus carros, sus caballos y sus tiendas: aquel Dios que premia al justo Abel, al obediente Abrahan, al inocente Isaac, al laborioso Jacob, al casto José, al paciente Job y al piadoso Tobías; y castiga visiblemente al fratricida Caín, incestuoso Amnon, al avaro Acab, al injusto Nabucodonosor, al impío Baltasar, al cruel Heródes, al rico sensual, y otros innumerables que nos manifiestan las divinas Escrituras: aquel Dios que llevado de su infinita caridad, viendo el mundo perdido por la propagacion lastimosa del primer pecado, descendió de los cielos á la tierra, para tomar nuestra humana naturaleza, y padecer y morir por el hombre. Pues este Dios y hombre verdadero es el Hijo de María santísima, el nieto de san Joaquin y santa Ana, á quien siguieron los apóstoles, imitaron los mártires, predicaron los confesores, confesaron las vírgenes, y en cuya conformidad se han de salvar todos los predestinados en la sucesion y serie de los siglos. Este es en fin aquel pastor amable que unió en un redil los dos rebaños judáico y gentil, y en quien serán benditas todas las generaciones: *Benedictus tu.... et benedictus fructus ventris tui.*

¿No es pues verdad, señores, que vemos bendito á san Joa-

quin en su persona con las heróicas virtudes de la humildad mas profunda, entre las elevaciones de su nobleza, de las riquezas de su casa, de la multitud de sus criados y del respeto que le tributan sus vecinos? ¿Bendito en su obediencia á los decretos eternos de aquel gran Dios, que no se engaña en sus disposiciones, y que todo lo obra fuerte y suavemente segun conviene y es justo? ¿Bendito en su caridad para con los pobres, á quienes largamente socorrió con sus bienes? ¿Bendito en su moderacion con los criados, en su amable trato con su esposa, en la fidelidad al santo matrimonio, en su paciencia en los trabajos, en su fe y religiosidad para con Dios y su templo? *Benedictus tu....*

Sí, señores. Todos vemos á san Joaquin bendito en aquel cúmulo de virtudes con que le dotó la mano liberalísima de nuestro Dios y Señor: en su oracion frecuente y fervorosa, en su mansedumbre inalterable, en su veracidad en las palabras, en su justicia en los tratos, en su modestia en las acciones y en sus costumbres piadosas y edificantes. *Benedictus tu....* Bendito en el cuerpo y bendito en el alma, lo fué tambien particularmente en su familia: *Et benedictus fructus ventris tui.* Bendito en el fruto dichoso de su santo matrimonio: fruto en quien no se descubre ni corteza amarga de actual malicia, ni medula maligna de original desórden: fruto bendito ántes de nacido, bendito despues que apareció en el mundo, y mucho mas bendito ahora en el cielo. Ó Virgen santa! Ó Virgen inmaculada! ¡Ó benditísima Madre de Dios, amparo de los hombres, reina de los ángeles, refugio de los pecadores, consuelo de los tristes, alivio de los atribulados, maestra de los justos, norma de perfeccion, modelo de toda virtud y dechado de santidad! Vos sois, Señora, el fruto bendito de vuestro santo padre Joaquin: vos que sois madre del deseado de las gentes, del Redentor del mundo prometido en la ley y en los profetas, del Hijo del eterno Padre, consustancial al mismo que le engendró en la eternidad, en unidad de la divina Esencia con el Espíritu santo, Dios por los siglos de los siglos: Vos, ó dulcísima vírgen María, con vuestro Hijo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, sois el fruto bendito de san Joaquin: en vos serán benditas las gentes, y de vuestras bendiciones participarán todas las criaturas en el cielo y en la tierra: *Et benedictus fructus ventris tui.*

Elevad, Señora, estos religiosos cultos que damos á vuestro padre san Joaquin, hasta el trono de la beatísima Trinidad, para que consigamos todos lo que afectuosa y humildemente pedimos, el perdon los pecadores, la perfeccion los justos, los pobres el socorro de sus necesidades, fecundidad los campos y los ganados, paz las familias, salud los cuerpos, y muchos aumentos de virtudes las almas; para que alabando las misericordias de Dios en la tierra con un corazon recto y agradecido, pasemos despues de nuestros dias á cantarlas eternamente en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JOAQUIN,

PADRE DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

Magna arbor et fortis... Folia ejus pulcherrima, et fructus ejus nimius.

Hé aquí un árbol grande y robusto; sus hojas son hermosísimas, y su fruto el mas delicado.

Daniel, c. 4. v. 8 y 9.

Donde quiera que abramos las páginas de la sagrada Escritura, hallamos pintada la santidad de los justos bajo las mas brillantes figuras. No hay comparacion por atrevida que parezca, no hay alegoría por sublime que sea, que no cuadre perfectamente á aquellos hombres que nacidos para Dios, vivieron en él por medio de una adhesion constante á sus divinos preceptos, y jamas se separaron de su divino beneplácito. « Bienaventurado, exclama David, el varon que no dejándose llevar de los consejos de los malos ni deteniéndose en el camino de los pecadores, ni asentándose en la cátedra pestilencial de los libertinos, tiene puesta toda su voluntad en la ley del Señor, y está meditando en ella dia y noche. Semejante al árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, dará su fruto en el debido tiempo; nunca se marchitarán sus hojas; todo cuanto hiciere tendrá próspero efecto (1). « El Justo, dice en otro lugar, será como una gallarda palma, y descollará cual cedro del Libano.

(1) *Psalm. 1. v. 1, 2 et 3.*